

El arte y la vida

Jaime Nubiola

Acabo de terminar el libro de Adam Zagajewski *Una leve exageración*, hermosamente traducido del polaco por Anna Rubió y Jerzy Sławomirski y publicado en el 2019 en Acanalado, Barcelona. A mí me gustan los dietarios de los poetas o de los novelistas; a menudo me gustan incluso más que sus creaciones más famosas. Los diarios o dietarios vienen a ser como el taller del artista o del escritor; en cierto modo, entre sus líneas queda lo más real: la vida del artista que alimenta su creación y, con frecuencia, sus reacciones y comentarios a los textos y obras de los demás.

Como escribía Rafael Narbona hace unos meses en *El Cultural*: «Yo creo que Zagajewski será uno de los clásicos del mañana. No solo porque en 2017 se le concediera el Premio Princesa de Asturias, sino porque su literatura no tiene miedo a las grandes palabras. Sin incurrir en dogmatismos, habla de Dios, el Bien y la Belleza. Su voz no claudica ante el escepticismo y no acepta el relativismo de unos tiempos líquidos que han rebajado la verdad a mera convención». Reúno en estas líneas a título de ejemplo varias de las anotaciones maravillosas que he tomado en mi gozosa lectura de *Una leve exageración* en las últimas semanas.

Zagajewski sabe bien que su mejor escritura y sus poemas más originales salen después de mucha corrección: «Al fin y al cabo, me dedico a la escritura para corregir mis torpezas, para corregir mi laconismo y, de los gruñidos y las frases truncadas, desgranar unas oraciones más largas y mejor argumentadas» (p. 28). El autor vive en una permanente tensión creativa entre el arte y la vida. Así escribe en las pp. 119-120: «Vivimos a caballo entre "la vida" y "el arte"; parecemos nómadas que recorren el terreno que separa la vida y el arte, arrastrados primero hacia un lado, luego hacia el otro, como si unas tribus de trashumantes salvajes, aliadas de una u otra de estas dos potencias, nos anduvieran secuestrando alternativamente. Nunca lograremos asentarnos para siempre a un lado de esta frontera tan fina». Y unas pocas páginas antes denunciando las etiquetas escribe con valentía: «Decís: humanismo, progreso, moral, y el arte no protesta porque no le importa ninguna etiqueta por más noble que esta sea —el galope de un

caballo joven no depende en absoluto del nombre que le ponga el amo del criadero—.»

Tiene singular fuerza su reflexión sobre la escritura. Me gusta en particular lo que anota en la página 206, pues docenas de veces habré repetido a mis estudiantes ansiosos de aprender a escribir que debían convertir sus lágrimas en tinta: «La escritura, esa actividad extraña que a veces es capaz de trocar el dolor en placer, una reacción química que seca las lágrimas de dolor y las transforma en los trazos negros de las letras». Y más profundamente en la página 287: «Quien escribe se expone a toda clase de peligros. La lista es muy larga, aunque resulta fácil adivinar a qué trampas me refiero. Las amenazas de naturaleza intelectual son especialmente desagradables. En resumidas cuentas, un escritor no puede no pensar y no puede no participar hasta cierto punto en la vida intelectual de su época. No puede y no debe ampararse en una inocencia absoluta e infantil porque en un momento dado esta se vuelve estupidez».

La lista de citas podría multiplicarse indefinidamente. Me voy a limitar a recoger dos breves anotaciones tuyas sobre la música: «La música nos recuerda qué es el amor. Si alguien lo olvida, que escuche música». Y el comentario de Karl Barth: «Cuando los ángeles cumplen con su deber de alabar a Dios, probablemente tocan la música de Bach. Pero cuando están a solas, estoy convencido de que tocan a Mozart» (p. 322). ¡Cuánta sensibilidad y cuanta finura intelectual compiladas en el volumen de este poeta polaco! Por eso recomiendo vivamente la lectura sosegada de esta joya literaria.

17 de octubre 2020.